

Mil palabras sobre la distancia

Jorge Úbeda
jorge@transfilosofia.com

Distancia social la estamos llamando sin detenernos, de nuevo, a delimitar con mayor precisión y cuidado los usos y significados de esta expresión que va a teñir nuestros días de prácticas inéditas. No hay refrán más falso que aquel que dice que las palabras se las lleva el viento; de eso nada, las palabras no son meros soplidos buconasales que vuelan sin ton ni son perdiéndose en el cielo. Las palabras pueden clavarse como cuchillos certeros o consolar la angustia más negra porque son actos con efectos duraderos en el mundo y en los otros. Meditemos, entonces, en estas imprecisiones filosóficas acerca de los posibles significados de la distancia, ahora que en la nueva (a)normalidad se impone la distancia física entre las personas como la medida más eficaz para evitar contagios y propagaciones víricas que ninguno deseamos.

El ser humano es un ser de distancias: apenas podemos imaginar qué fue lo que avizó aquel sapiens que se aventuró desde la sabana hacia un más allá incierto, pero parece claro que hubo de formarse alguna imagen de un allá, o más allá, que impulsó a sus piernas a moverse para cubrir aquella distancia desconocida. Al formarse el pequeño embrión del cual emergerá una singular vida humana se crea nuestra primera distancia, aquella que marca la membrana permeable que nos separa del medio acuoso que nos ofrece el vientre materno y así, nuestra madre, se transforma en el primer *allí* en el que vivimos, nos movemos y existimos durante unos meses.

Cuando nacemos, la primera gran separación de nuestra vida, acontece una nueva posición en el mundo, la de cada uno de nosotros. Desde entonces, todo lo que no somos se encuentra a una cierta distancia nuestra, pues no existe esta sin la posición que en cada caso ocupamos. *Aquí, allí, más allá, lejos, cerca, fuera, dentro* estarán marcados por el lugar en el que cada uno estemos y la percepción de lo agudas que sean las distancias será siempre personal y apenas perceptible por cualquier otro. Arte de la educación llamamos a la sabiduría de saber ocupar el lugar y la distancia adecuada con los hijos: ni demasiado cerca que quede ahogada su vitalidad y sus ganas de explorar ni demasiado lejos que no tengan la seguridad de que pueden volver si el viaje se ha vuelto peligroso o las heridas duelen demasiado.

Muy pronto aprendemos que la vida, en lo que se refiere a las distancias, consiste en *mantener la distancia* y en *tomar distancia*. Una regla prudencial de oro de nuestra educación será que mantengamos la distancia con los otros como modo de saber en dónde están, qué es lo que quieren y esperan de nosotros y cuáles son sus intenciones. Sería una temeridad lanzarse corriendo

a la proximidad con un extraño sin haberse puesto a la distancia adecuada para saber en qué momento será precisa tal aproximación. Tiendo a pensar que una parte importante de la cortesía y los ritos de hospitalidad están transidos por esta prudencia social: en el juego de las distancias abrimos un espacio de confianza que puede ser defraudado pero que es la posibilidad que tenemos para la convivencia pacífica y la cooperación social. Además de prudencia y cálculo, también hay respeto al otro cuando mantenemos las distancias pues quizá el otro no nos quiere cerca o, simplemente, no es nuestro asunto aproximarnos a él.

Es bien cierto que no pocas injusticias sociales se han sostenido en el tiempo gracias a este arte humano de las distancias: mantenemos a buena distancia todo aquello que puede significar una pregunta incómoda acerca de nuestro modo de vida, un olor desagradable, un modo de vida diferente, un color de piel, incluso levantamos muros invisibles en nuestras ciudades que nos permiten no tener que mirar. Si en muchas ocasiones franquear la distancia que nos aleja de los otros puede ser una muestra de respeto y altísima consideración, en no pocas puede significar consentir y profundizar en injusticias que quizá podamos combatir. La franqueza siempre es rara y difícil.

Si mantener la distancia es aprender a jugar con el cálculo espacial, *tomar distancia* se ocupa de dar y recibir tiempo, precisamente, para no quedar atrapados por nuestras posiciones. "Voy a tomar distancia", nos decimos para deliberar mejor, serenar nuestras pasiones y dilatar las decisiones difíciles, con la esperanza de que el tiempo que nos tomamos sirva para mirar y mirarnos desde otra posición distinta y que de tal visión surja la iluminación, la decisión y la determinación. Cuando tomamos distancia nos permitimos la paciencia que significa, al mismo tiempo, padecer y esperar, o quizá esperar mientras se padece y viceversa.

Tenemos por delante una larga temporada en la distancia, mal llamada social pues la distancia que se nos impone es la física: ¡a metro y medio de los otros! Hemos calculado que así hay menos probabilidad de contagios y, por tanto, aumenta la capacidad social de control de la epidemia pero, a pesar del cálculo matemático, esta distancia es un desafío antropológico en toda regla para cualquier ser humano, incluidos los nórdicos a los que siempre tomamos como ejemplares de todo lo que se debe hacer. Nos cuesta la distancia física impuesta porque introduce una regla objetiva en nuestro saber hacer, subjetivo y proteico, con las distancias: ¡ya sabíamos mantener las distancias y tomar distancia! Ahora, además, tenemos que introducir la norma del metro y medio como límite objetivo infranqueable. En definitiva, el juego de distancias en el que también consiste la vida humana quedará coagulado exclusivamente por la protección, en esta nueva (a)normalidad que soñamos con que dure lo menos posible.

Nos toca esperar a que arrecie el virus o a que lo vencemos con vacunas: nos toca esperar mientras padecemos los rigores de una distancia física que ojalá no se convierta, definitivamente, en una distancia social que nos impida franquear aquellas distancias que separan de los otros que pueden reclamarnos desde su soledad o desde la injusticia.